

RELATOS



ESCRITO SIN PERSONAJE

A veces, sin buscarlo, me encuentro y me persigo. Solo a veces veo mi espalda y mi nuca subir al tren, a veces una mano al pagar en una barra entre el tumulto de una tasca nocturna, un suspiro en la parte de atrás del autobús, o simplemente el olor de mi cuerpo con una ráfaga de viento en la esquina. Los encuentros suelen ser inesperados y tan fugaces que apenas tengo tiempo de reacción. Soy una sombra sin cuerpo, un cuerpo sin alma, un diario sin noticia, un sombrero sin cabeza, un continente sin contenido, soy una persona sin personaje.

Carezco de vida propia que me permita ser, aunque respiro, como, duermo y observo al resto de las personas y las cosas, es simplemente un engaño mecánico en espera de un lento proceso de oxidación. Intento hacer las cosas sin pensar demasiado y, sobre todo, observar atentamente a mi alrededor, esperando encontrarme y ser lo suficientemente rápido como para atraparme y llevar a cabo mi plan; un plan cruel trazado por mis recuerdos como escritor, con un pasado de trenes que se dirigen a otras ciudades, de visitas a museos, de cientos de páginas con diálogos y textos inacabados, de cenas aderezadas con discusiones familiares, de largas conversaciones en las redes sociales, de miradas pasionales en mitad de los pasillos... el plan de alguien que se vació y solo quedaron pequeños trazos de recuerdo sin memoria.

Hace ya tres años que mi personaje se escapó de mi persona. Fue un día cualquiera, atravesé la calle de acceso hasta la casa de mi madre, llevaba en el brazo las últimas páginas de un texto y el enredo de una escena en la cabeza. Noté el aire que me empujaba en dirección contraria, me acerqué al portal y llamé al interfono. Mientras esperaba respuesta, sentí un escalofrío y un repentino latigazo en los pies, después el aire ocupó mi espacio interior. Una voz femenina contestó al interfono «¿quién es?». Me di la vuelta y solté las páginas que ya no me pertenecían, no contesté porque no conocía la voz de aquella mujer y mucho menos la respuesta, ya no era yo, estaba vacío y mi personaje correteaba por la calle recogiendo las páginas de su texto. Me senté a observar la escena y después me marché.

Cada día que paso sin mi personaje es un suplicio para esta envoltura gris, me despierto con la lengua envenenada en dolor, con gesto lúgubre, desayuno un miserable café que me mantiene despierto mientras adelgazo para hacer más soportable el vacío interior, me oculto detrás de las cortinas para que no me vean los vecinos, pero observo atentamente entre los



ILUSTRACIÓN JOSÉ IBARROLA

POR RAFAEL
ESCUDERO
CALMACHE

pliegues para buscar a mi fugitivo. A la hora de comer, no mastico como el resto de las personas, llevo a cabo un roer eterno de materia sin sabor, cuando bebo, escucho el líquido caer hasta lo más hondo como cuando echas una moneda al fondo del pozo, cuando duermo, añoro el mundo de los sueños que me robó mi astuto compañero. Cuando leo los mensajes de mis redes sociales caigo enfermo al no descubrirme en ellas, mis uñas se debilitan y ya no puedo arañarme sin pensar en que se quedarán atrapadas entre las grietas de la piel. Fumo para llenarme de humo, pero mis dientes amarillentos me impiden sonreír, por lo que siempre fumo con preocupación.

Mi personaje me ha robado la vida, se ha escapado de mi persona convirtiéndome en un cuerpo len-

to, demacrado, entumecido por el frío de estar vacío, oculto para no ser descubierto y exterminado por los que sí son propietarios de su personaje. Somos una estirpe en exterminio, si nos descubren nos miran como seres mugrientos, transmisores de soledad; al contemplar el vacío en nuestros ojos, dejan de mirarnos como a congéneres y empiezan a tratarnos como a cosas, como si por piedad, hablaran a las farolas y a los carteles anunciadores.

Algunas personas descubren mi secreto, observan el vacío dentro de mis ojos, como si detrás de la córnea solo hubiera un enorme hueco, como un pozo seco esperando pacientemente las lluvias de septiembre. Me descubren y me avergüenzo, bajo los ojos, intento ocultar mi ausencia. A veces se dan

cuenta porque mis silencios son demasiado largos, y no es que no me interese lo que me cuentan, es que intento escuchar el rastro de mi voz a todas horas.

Ansio encontrarlo porque me ha robado lo que me pertenece, me ha robado la compañía de los seres queridos, que ya no me reconocen, me ha robado el impulso de escribir y solo me rodean páginas en blanco, me ha robado la posibilidad de enamorar y enamorarme, me ha robado las pasiones nocturnas, me ha consumido al dejarme vacío. Y mientras, él sigue libre, se pasea por los cafés con los que serían mis amigos, come mis platos preferidos, escribe los textos que nunca se me ocurrieron, acaricia el torso y los nudillos de hombres y mujeres que nunca se atrevieron a decirme que me amaban, se pone

mis mejores corbatas, aprende canciones que ya nunca escucharé, y va dejando una extraordinaria estela de extrañeza a su alrededor, como aquel que no depende de un cuerpo, que es libre a las leyes de la naturaleza.

Mi personaje es inteligente, pero también es ingenuo, y eso me favorece; a veces se dedica a vivir con tanta intensidad que se olvida de su persona. Una vez lo sorprendí asomado por una ventana, lanzaba hojas de periódico que el aire arrastraba calle abajo, supe que estaba imaginando que eran pequeñas aves lanzándose del nido, porque tengo un leve recuerdo de haberlo hecho en el pasado. Atravesé la calle y subí hasta la planta donde se encontraba, era una laberíntica oficina con numerosas puertas y teléfonos donde una mujer, que parecía flotar, me impidió el paso indicándome que el acceso a la oficina estaba restringido al personal, mientras lo hacía, mi personaje lanzaba el resto del periódico sobre una mesa y se perdía por una de las puertas. Al marcharme, pude ver en los ojos de la mujer que lo estaba protegiendo, que lo amaba, que hubiera sido capaz de golpearme para impedirme el paso, porque yo estaba vacío y ella sentía algo especial por la vida incorpórea causante de mi vacío, de mi angustia.

Pero el vacío me ha enseñado algo: la paciencia, y la paciencia me ha dado el tiempo suficiente como para tender la trampa ideal. Hoy será el día, entré a su red social y me he hecho pasar por otra persona, le dije que amaba sus escritos, que no podía dejar de perderme en sus palabras, que deseaba conocerlo en persona, le propuse una cita en el Museo de la ciudad, y aceptó.

Su enorme ego será su pérdida, en la soledad de los cuadros lo aferrará contra mi cuerpo, lo violaré contra mis entrañas y entonces acabaré con él, por haberme robado lo que es mío. Lo estrangularé con mis manos, perderé las uñas en el intento, perderé la voz al apretar con mis dedos sobre sus cuerdas vocales, dejaré que sus piernas se doblen para hacer descansar mis rodillas, dejaré que caiga inerte al suelo para que no pueda salir corriendo y me arrodillaré junto a él, para esconderlo con mi cuerpo y así no descubran mi delito. Será su pérdida, será el final de la escena y lo miraré a los ojos para ver cómo se apaga y pierde su condición de personaje.

Por fin dejaré de buscarme, porque ya no estaré en ninguna parte, no tendré necesidad de llenar el vacío, simplemente me dejaré llevar como el escritor que escribe dejándose guiar por el caos, el todo y la nada, como lo que lleva de una palabra a la siguiente, como un escrito sin personaje.